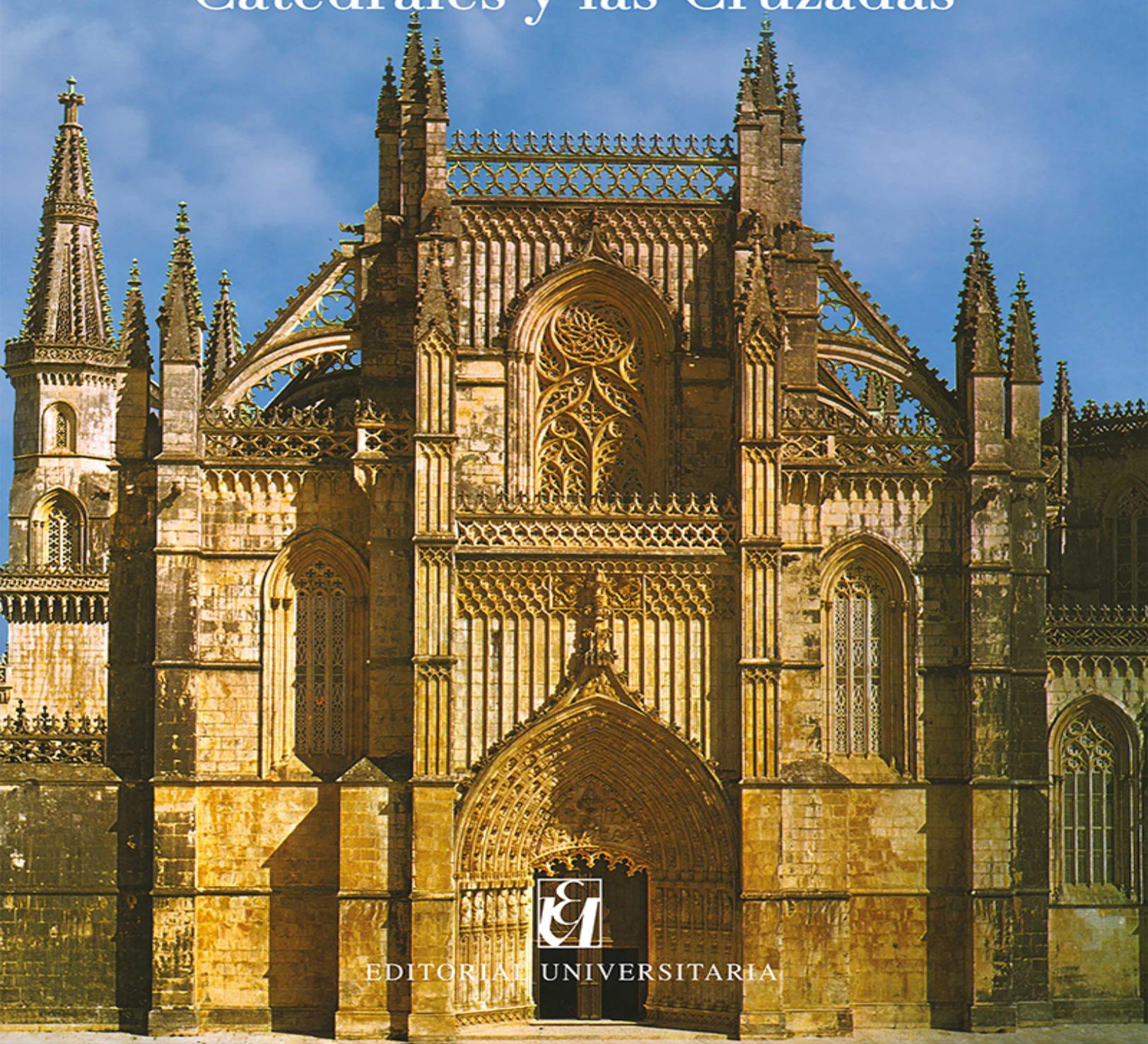


RETRATOS

GERARDO VIDAL GUZMÁN

MEDIOEVO

El tiempo de las
Catedrales y las Cruzadas



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Retratos
Medioevo. El tiempo de las Catedrales y las Cruzadas

909.07 Vidal Guzmán, Gerardo.

V648r Retratos del Medioevo / Gerardo Vidal Guzmán. 2°ed.

Santiago de Chile: Universitaria, 2008.

272p.; il.; 28 cm (Colección El Saber y la Cultura) Incluye cronología del mundo medieval e índice de nombres y lugares.

ISBN Impreso 978-956-11-2025-9

ISBN Digital 978-956-11-2880-4

San Benito, Boecio y Casiodoro, Justiniano, Mahoma, San Gregorio Magno, Carlomagno, De Dionisio Areopagita a Anselmo de Aosta, Gregorio VII, Godofredo de Bouillon, San Bernardo, El abad Suger, Pedro Abelardo, De los trovadores provenzales a Chretien de Troyes, Leonor de Aquitania, Santo Domingo, San Francisco, Santo Tomás de Aquino, Giotto, Dante Alighieri, Guillermo de Occam, Apéndice de 1. La Leyenda del Santo Grial 2. Cronología del mundo medieval 3. Índice de nombres y lugares.

1. EDAD MEDIA 2. CIVILIZACIÓN MEDIEVAL.
3. BIOGRAFÍAS DE LA EDAD MEDIA, 500-1500.

© 2004, GERARDO VIDAL GUZMÁN
Inscripción N° 141.068, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para Chile
Argentina y Uruguay por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
Avda. Bernardo O'Higgins 1050.
Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Times 11/14*

DIAGRAMACIÓN Y PORTADA

Yenny Isla Rodríguez, Simone Pezzuto Morrison, Norma Díaz San Martín

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Gerardo Vidal Guzmán

Retratos
Medioevo. El tiempo de las
Catedrales y las Cruzadas



EDITORIAL UNIVERSITARIA

A mis hijas, Antonia y Florencia

ÍNDICE

Presentación

San Benito

La reserva espiritual de los monasterios

Boecio y Casiodoro

El primer horizonte cultural de la Edad Media

Justiniano

Bizancio y el fin del antiguo sueño imperial

Mahoma

El abrupto despertar del Islam

San Gregorio Magno

La conversión de Europa

Carlomagno

El Imperio en manos bárbaras

Entre Dionisio Areopagita y Anselmo de Aosta

La inteligencia a la sombra del claustro

Gregorio VII

La reforma de la Iglesia

Godofredo de Bouillon
La reforma de la Iglesia

San Bernardo
La nueva milicia del Císter

El abad Suger
La explosión del gótico

Pedro Abelardo
El primer fermento universitario

De los trovadores provenzales a Chretien de Troyes
La invención del amor

Leonor de Aquitania
La reina de los trovadores

Santo Domingo
La revolución de los frailes

San Francisco
La caballería de la Dama Pobreza

Santo Tomás de Aquino
El esplendor de la escolástica

Giotto
El nuevo realismo de la pintura

Dante Alighieri
La épica travesía de dos mundos

Guillermo de Occam
El fin de una época

Epílogo

Apéndices

1. La leyenda del Santo Grial
2. Cronología del mundo medieval

PRESENTACIÓN

Los académicos, a cuya especie pertenezco, tenemos sentimientos encontrados al hablar de “Edad Media”. El término que hoy utilizamos para referirnos a esos diez largos siglos de historia que median entre la caída de Roma y la de Bizancio (476-1453) constituyó, inicialmente, una etiqueta peyorativa. La Edad Media venía a significar, en la mentalidad de quienes inventaron el concepto, una especie de oscuro paréntesis en la historia cultural de Occidente, cuya única función era llenar el tenebroso vacío entre dos edades luminosas, la Antigüedad clásica y el, así llamado, Renacimiento.

Sería ingenuo pensar que una concepción de este tipo es cosa del pasado. En buena parte de la mentalidad común, la Edad Media todavía se encuentra llena de mazmorras, inquisiciones, guerras de religión, cinturones de castidad y derechos de pernada. La gran medievalista francesa Regine Pernoud contaba en uno de sus libros haber recibido una llamada telefónica de un documentalista de televisión especializado en programas históricos. El periodista quería, según contaba irónicamente la autora, diapositivas que representaran la Edad Media. En sus propias palabras, “que dieran una idea general, es decir, matanzas, degollaciones, escenas de violencia, hambrunas, epidemias...”. La escena habla por sí misma y, aunque tiene bastantes años, sería difícil negarle actualidad.

Como toda época histórica, la Edad Media tiene muchos rincones oscuros, pero sus luces iluminan de sobra sus carencias. En comparación con otras edades, incluida la

nuestra, el Medioevo posee méritos de sobra para salir bien parado. Una simple mirada a sus grandes creaciones -la Universidad, el amor cortés, el arte románico y el gótico, la escolástica-, debería convencer hasta al más escéptico.

¿Qué sería del patrimonio cultural de Occidente si tuviéramos que prescindir de los frescos de Giotto, de la *Divina Comedia* de Dante, del *Cántico Espiritual* de san Francisco, de los escritos místicos de san Bernardo o de las novelas de caballeros andantes de Chretien de Troyes? Sin duda, nuestro mundo sería infinitamente más pobre de lo que es y, seguramente, ni siquiera habría podido constituirse tal como lo conocemos.

Guiado por esa convicción he escrito este libro, cuya reedición se presenta ahora. Con él he pretendido continuar la misma tarea que me fijé en los dos tomos anteriores: rescatar lo que me parece más valioso y perenne de una época que, sin ser la nuestra, ha contribuido decisivamente a darle forma.

Tal como en *Retratos de la Antigüedad Griega* y *Retratos de la Antigüedad Romana* y la *Primera Cristiandad*, los entendidos echarán de menos una multitud de temas sustanciales. Una buena parte de tales omisiones se debe a mi ignorancia; la otra, al formato que elijo. Con él no trato de hacer una historia de la Edad Media, ni mucho menos de su literatura o su filosofía, sino más modestamente indicar una serie de personalidades que dieron forma y contenido a una época, vertebrando al mismo tiempo la historia de nuestra propia cultura.

Al escribir este libro he contraído muchas deudas. Pero hay algunas que no puedo pasar de largo. Especialmente me refiero a los profesores de la Facultad de Humanidades de la Universidad Adolfo Ibáñez, Rodrigo Moreno, Paola Corti, José Marín, Diego Melo y Kristel Zimmermann. Todos ellos se tomaron el trabajo de leer el manuscrito y orientarme con valiosas sugerencias. Finalmente, agradezco

a mis alumnos que constituyen el más importante de mis estímulos como profesor.

Gerardo Vidal Guzmán
1 de abril de 2008

RETRATOS DEL MEDIOEVO

SAN BENITO

La reserva espiritual de los monasterios

Existen pocos personajes tan ligados a una época como san Benito lo está a la Edad Media. Él fue el primero en comenzar a dar forma al cúmulo de ruinas en que se había convertido el antiguo Imperio Romano después de las invasiones bárbaras, y esto lo sitúa en un lugar de privilegio en la historia. No en vano, el monasterio que fundó en Montecassino constituyó la célula inicial de lo que hoy llamamos Europa.

la relación de san Benito con el mundo del medioevo posee, por lo tanto, un carácter fundacional. El lector paciente podrá comprender qué significa una expresión como ésta atendiendo al primer capítulo de los dos libros de retratos que he escrito hasta el presente. en ellos verá que, pese a todas las diferencias, existe una semejanza sustancial entre los personajes llamados a inaugurar un mundo. Que todos ellos, no importa si son poetas, generales o monjes, cumplen una misma función en relación a su propia época: la de proponer un horizonte de ideas, concepciones y valores que orienta y estimula el camino de los hombres en esta vida.

en Grecia, Homero cantaba en versos épicos la figura grandiosa de los héroes, ávidos de hazañas y amantes de la gloria. los personajes de sus poemas eran hombres individualistas, muy conscientes de su personal valía, y decididos a destacarse sobre el fondo opaco de la masa. No aceptaban la mediocridad, no admitían temores, no guardaban reservas; aspiraban a la eternidad de la fama y, por alcanzarla, aun la muerte les parecía amable. Buscaban demostrar al mundo de qué madera estaban hechos y, al

mismo tiempo, perpetuar su memoria con el recuerdo de sus proezas. Y sobre este molde general, se fraguaron muchos de los grandes hombres que Grecia produjo.

En Roma fueron los patriotas de la primera tradición republicana los que asumieron ese mismo papel. Desde luego, se trataba de hombres muy distintos de los que Grecia había admirado. Preferían la gloria de Roma a la suya propia; valoraban la lealtad, el esfuerzo y la disciplina; detestaban el derroche, la cobardía o el exhibicionismo. Y con su ejemplo y sus virtudes, celosamente conservados en la memoria colectiva, inspiraron la mentalidad, las costumbres y las convicciones de Roma.

El mundo medieval no se inspiró en héroes ni en patriotas, sino en santos. Hombres que no buscaban la gloria mundana sino la celeste, y que no entregaban su vida por la patria terrena sino por la Jerusalén de los cielos. Afianzados en la fe, consideraban la caridad como la suprema virtud. Creían en la iglesia y en la misión que le correspondía realizar entre los hombres; valoraban la humildad, el desprendimiento y la oración; no se cuidaban de la opinión ajena y, es más, la despreciaban, pero no por eso se olvidaban del mundo. Por el contrario, empapados en los designios providenciales, intentaban transformarlo con la levadura del evangelio.

Se trataba, a todas luces, de un cambio importante. Gracias a él, la fama, que siempre había constituido la última aspiración de los héroes de la Antigüedad, cedió su lugar a la vida eterna. El mundo, que a una mirada helénica había sido primariamente campo de exploración racional y que, en manos romanas, se había transformado en objeto de organización política, se convirtió en el escenario donde se desarrollaba la historia de las almas y sobre el cual se realizaba la gran tarea de la evangelización.

Tal cambio no fue producto del azar. En gran medida se debió al papel que los monasterios benedictinos jugaron en Occidente durante los largos siglos de la Alta Edad Media y

aún después. En ellos se fraguaron las convicciones y los ideales que habrían de conformar el mundo medieval, con el horizonte que le fue siempre propio.

* * *

San Benito nació hacia el 480 d.C., cincuenta años después de la muerte de san Agustín. Por aquella época, Roma constituía un glorioso recuerdo. Distintos pueblos bárbaros se habían asentado en las antiguas tierras imperiales; hérulos, ostrogodos, visigodos, francos, burgundios, vándalos y alanos pululaban en las regiones que otrora Roma gobernara. Los invasores se habían convertido en amos y, aunque su número era pequeño, para todos era evidente que el cetro de la historia había caído en sus manos.

Sobre ese informe escenario, las perspectivas no eran halagüeñas. Los bárbaros eran pueblos avezados a la guerra, pero carecían de esa disciplina que había hecho de Roma la cabeza del mundo. Era comprensible que, bajo su dominio, Occidente se sintiera engullido por fuerzas históricas sin control.

Por todas partes se respiraba confusión, guerra, bandidaje y miseria. El antiguo orden imperial se había desvanecido, las viejas ciudades habían reducido drásticamente su núcleo urbano, y los escasos poderes que aún resistían eran impotentes para garantizar el orden y asegurar la paz.

En este mundo convulso y desorientado nació Benito, en el seno de una familia cristiana de Nursia, en la región de Umbría. Apenas cuatro años antes de su nacimiento el puño de Odoacro y sus hérulos se había cerrado inmisericorde sobre la antigua Roma. Se trataba, a todas luces, de un escenario incómodo para venir al mundo.

A Benito, sin embargo, no lo afectó el ambiente. Desde joven parece haber sido un niño sereno y reposado. Según su biógrafo, Gregorio Magno, Benito “tuvo desde su infancia cordura de anciano”, y aunque la expresión resulte hoy excesiva, hay razones para imaginarlo como un joven sensato, práctico, modesto y trabajador. En todo, un notable exponente de las virtudes que habían hecho grande a la antigua Roma.

A los pocos años Benito abandonó la áspera provincia en la que había nacido para ir a ‘la ciudad eterna, con la intención de formarse en el mejor centro de estudios que todavía su época podía ofrecerle.

Su estadía en la urbe no debe haber sido fácil. Soportar los hedores y vicios de una ciudad en decadencia no ha sido nunca una experiencia amable. Más todavía para un provinciano austero como Benito, ajeno a los excesos de las grandes ciudades, y que, por añadidura, soñaba desde joven con consagrarse a Dios y a la Iglesia.

Hacia el año 500 d.C. Roma era una ciudad derrotada, en donde las influencias cristianas, no del todo asimiladas, se mezclaban profusamente con las antiguas costumbres paganas. Los modos de vida no eran precisamente edificantes y el joven Benito no tardó mucho en advertirlo. esta áspera constatación lo obligó a replantear ciertas opciones. el mismo Gregorio nos informa que “al ver que muchos iban por los caminos escabrosos del vicio, retiró su pie, temeroso de que, por alcanzar algo del saber mundano, cayera también él en tan horrible precipicio”. Por esta razón, antes de haberlos terminado, abandonó los estudios y se retiró “sabiamente ignorante y prudentemente indocto”.

La decisión de Benito no sorprendió a nadie. Era un joven espiritual y de mirada cristalina; desde muy pequeño había ido fraguando en su alma la decisión de dedicarse al servicio divino. Los estudios le habían parecido la primera etapa lógica de esa decisión; pero si con ellos exponía su

opción de vida, era prudente abandonarlos sin mayores lamentaciones.

El asunto, sin embargo, no quedó resuelto con esa primera decisión. En realidad, Benito no sabía en qué consistía la vocación a la que se sentía llamado. Su camino, pensaba el joven estudiante, no parecía ser el sacerdocio; había conocido a bastantes sacerdotes, unos más edificantes que otros, pero ninguno parecía encarnar el tipo de vida al que se sentía llamado. A él le atraía la soledad, las largas horas de oración, la vida ordenada, exigente y serena... Nada de eso parecía compatible con el agitado estilo de vida propio del sacerdote.

Desde luego, existían también otras opciones. Ya desde el siglo II se conocían casos de hombres y mujeres que habían querido seguir más de cerca el ejemplo de Jesús, consagrándose en castidad a una vida de oración y penitencia. Había quienes seguían el camino eremítico, y vivían ajenos a toda forma de convivencia humana. Otros seguían la vía cenobítica, y formaban comunidades cuyos miembros compartían los mismos ideales. En ambos casos se trataba de buscar un modo de vida alejado de la corrupción de la sociedad (la misma que Benito había palpado en Roma) y de velar por la propia alma en un esfuerzo por restaurar ese estado de inocencia que, según la Escritura, había poseído el hombre antes de su primera caída en el paraíso original.

Más adelante, en el siglo IV, el interés por esta vida de consagración a Dios aumentó. El Oriente cristiano lideró el proceso. En el desierto de Egipto habitaron san Antonio y san Pacomio, y sus discípulos se extendieron rápidamente por Egipto, Mesopotamia, Palestina y Siria.

sin embargo, no todos los que pretendían alcanzar la santidad por esta vía se ceñían a moldes seguros y confiables. Muchas veces “experimentaban” de acuerdo a sus propias luces, que tampoco eran necesariamente muchas. en tierras de egipto o siria, por ejemplo, la lista de

excentricidades a las que se entregaban estos “hombres de dios” era larga y maciza. Habitar en un árbol o en una cueva, en la más absoluta soledad, eran prácticas relativamente habituales. Había algunos, los reclusos, que “guiados por el espíritu” se encerraban entre tabiques de por vida; otros, los estilitas, que vivían toda su existencia en lo alto de una columna y desde ese púlpito predicaban los domingos al pueblo que los acogía; los adamitas tenían la curiosa costumbre de dejar que sus vestidos se consumieran hasta convertirse en harapos; y los rumiantes se caracterizaban por no comer más que las pocas hierbas que lograban arrancar del suelo.

En su *Historia de los francos* Gregorio de Tours nos cuenta de uno de estos personajes establecidos en la Galia. Se trataba de un asceta lombardo que, después de haber pasado varios años en un monasterio en Limoges, se había lanzado a la búsqueda de nuevas aventuras místicas. Siguiendo el ejemplo de Simón de Antioquía, había construido con sus propias manos una gruesa columna y, pensando que con ello se ganaba el cielo, había establecido en la cúspide su morada. Recluido en aquella prisión voluntaria, comía únicamente pan, agua y verduras crudas. En verano debía soportar el calor como un estoico; en invierno el frío lo mordía a tal punto, que las uñas de los pies se le caían y la humedad le colgaba de la barba como cera.

Al poco tiempo llegó el obispo del lugar a conocer al asceta. El prelado habló con él, lo escuchó y, después de reprenderlo amablemente, lo invitó a vivir como la gente normal; según el eclesiástico, la santidad no tenía por qué expresarse en formas tan chocantes. Y por si hubiera quedado alguna duda, al día siguiente mandó a un grupo de trabajadores a reducir su columna a escombros.

Aunque el místico asceta siempre consideró que la visita episcopal había sido una treta diabólica, sería difícil objetar al obispo. Más adelante el mismo Benito deberá recomendar

mesura a un piadoso varón que, considerándolo manifestación de eximia virtud, se había escondido en una oquedad rocosa atándose a ella con una cadena.

Tal vez algunos de estos hombres fueron santos varones, pero su vida parecía centrada en una competencia ascética, marcada por el exhibicionismo, de la que no pocas veces germinaban divisiones. Era evidente que no eran estos santones estrafalarios los llamados a dar forma espiritual a Occidente.

Desde luego, existían formas más estables de consagración, como la que había fundado san Basilio en Asia Menor, san Jerónimo en Belén o san Agustín en África. Pero lo cierto es que por aquella época la vida religiosa no tenía una forma definida, y esto significaba que todo aspirante a la santidad debía inventar su propio camino.

Inspirado en el ejemplo de estos hombres, Benito partió de Roma y puso rumbo a Subiaco, adonde llegó buscando la paz interior y la soledad exterior. Apenas hubo alcanzado su destino, fijó su morada en una estrecha gruta situada en la parte baja de un cerro rocoso. Allí, alimentado por la buena voluntad de algún alma compasiva, dejó transcurrir tres largos años, durante los cuales afianzó su prestigio de santidad entre los hombres del lugar.

Fue también durante esos años cuando descubrió la desorientación generalizada en la que se hallaba la mayor parte de los que, como él, habían optado por la soledad y el sacrificio. Benito no adoptó jamás aires de profeta, pero con toda certeza percibió que era necesaria una guía práctica que orientara a las almas en medio de tantas ocurrencias místicas. Dicho de otro modo, que debía existir un modo razonable de ser santo.

Los aspirantes a la santidad debían tener una normativa, una regla. En palabras de Benito, un “lazo que los amarrara” y que les permitiera eximirse de todos los peligros de esa vida vagabunda y estrafalaria que usualmente llevaban. A partir de esta percepción se fue

asentando en su alma la opción por la estabilidad de lugar, por la vida común, por la obediencia y, sobre todo, por una humildad que liberara de toda estridencia y exageración su propia vida y la de sus seguidores.

Poco a poco la fama de su santidad traspasó los confines de su gruta. No lejos de allí, en vicovaro, había un monasterio cuyo abad había fallecido. los monjes, al verse huérfanos de toda autoridad, decidieron suplicarle a Benito que asumiera el cargo. el anacoreta vio con indiferencia el ofrecimiento pero, después de múltiples presiones, acabó finalmente por acceder.

Una vez en su cargo, Benito se estrenó imponiendo una estricta disciplina a la comunidad: ayunos rigurosos (una comida diaria en tiempos de cuaresma), trabajo exigente (que permitiera al monasterio prescindir de la limosna) y rezo de los oficios a diversas horas del día (desde las cuatro de la mañana en adelante).

Después que Benito puso en práctica sus indicaciones, la cálida bienvenida con que el monasterio lo había recibido se transformó en gélida hostilidad. Hasta ese momento ningún monje se había visto impedido de cultivar vicios y rarezas; cada uno había forjado su propio camino de santidad y, con seguridad, muchos lo habían olvidado del todo. Ahora, en cambio, tenían a un abad joven e idealista, dispuesto a renovar la vida monástica de acuerdo a una severa medida de orden y austeridad. Y como era previsible, los monjes comenzaron a acusarse mutuamente por la estúpida idea de traer a un santo para gobernarlos.

Las discusiones, sin embargo, no quedaron en eso. Estos monjes, entre los cuales debe de haber habido varios bandoleros acogidos al techo común del monasterio, comenzaron a tramar el modo de quitarse de encima a Benito, hasta que los más atrevidos discurrieron asesinarlo envenenando el vino en la comida.

Las crónicas nos refieren la escena con calor y dramatismo. Los monjes le habrían ofrecido el vino al abad

para que éste lo bendijera antes de la comida; Benito habría alzado la mano y mirado al cielo y, en el mismo instante en que hacía la señal de la cruz, el jarro se habría quebrado como si hubiese recibido una pedrada. ¡la mano de dios había protegido a su siervo!

Aún así, Benito comprendió de inmediato el significado de aquel hecho. La autoridad del abad se fundamentaba en la benevolencia de sus subordinados. si hoy envenenaban el vino, mañana quemarían su celda... Y después de reprochar duramente a los monjes su comportamiento, no tuvo más opción que volver a la gruta de la que había salido.

Seguramente esta experiencia lo confirmó en la opinión que había comenzado a fraguar años antes. Un alma entregada a dios, pero carente de orientación, pierde con facilidad el rumbo, tal como un monasterio en donde falta la disciplina se convierte rápidamente en una cueva de ladrones.

Una vez pasado el mal rato, el frustrado abad quiso volver a refugiarse en la soledad y el anonimato. Sin embargo, Benito parecía destinado por el cielo para ser padre de monjes. Muy pronto y sin él preverlo, comenzaron a reunirse a su alrededor grupos de jóvenes briosos e idealistas, con ansias de conocer el camino que debía conducirlos a la perfección. Personas notables se sumaron al movimiento, llevándole a sus hijos para que los educara. Muy luego tuvo a su disposición medios y posibilidades, y la idea de plantar una semilla y cuidarla desde su inicio volvió a aflorar todavía con más fuerza en el alma de Benito.

El primer monasterio benedictino nació en Subiaco, con el mismo Benito como abad, y un grupo de doce monjes dispuestos a seguir el camino del maestro. Fue el primer indicio de lo que con el tiempo llegaría a ser la gran familia benedictina.

El estilo de vida que Benito estaba creando no sólo atrajo discípulos sino también detractores. El papa Gregorio cuenta la historia de uno de ellos, un sacerdote de vida

frívola llamado Florencio, envidioso por la fama que rodeaba las obras de Benito. Como todo hombre mezquino, Florencio no soportaba el éxito ajeno; se sentía humillado por el prestigio de santidad de aquel provinciano insignificante, que convocaba discípulos sin apenas buscarlos.

Con estos sentimientos hizo de todo por estorbar los caminos de la nueva fundación: engaños, chismes, falsas acusaciones. La última de sus jugadas fue memorable. Florencio que, como buen cínico no creía en la castidad ajena, contrató a un grupo de prostitutas con la intención de someter a la naciente comunidad benedictina a las tentaciones de la carne. Seguramente esperaba que Benito o alguno de sus monjes ofreciera un sabroso escándalo...

La escena debe haber sido de una chabacanería patética. Siete prostitutas se introdujeron de noche en el huerto del monasterio, se desnudaron sin mucha vergüenza y, de acuerdo a ciertos códigos de burdel, comenzaron a cantar para llamar la atención de los monjes. La comunidad, bruscamente despertada por la algarabía, seguramente no experimentó la tentación que Florencio había imaginado. Era razonable. Para captar la apelación erótica (si la tiene) de un grupo de prostitutas en cueros cantando canciones obscenas, hay que tener la piel algo más dura. De frente al espectáculo, los monjes se limitaron a contener un gesto de sorpresa ante la mirada adusta del abad.

Benito estaba habituado a lidiar con las mezquindades de Florencio, pero esta vez tuvo que rendirse ante la evidencia. Aquello no presagiaba nada bueno. Dentro del monasterio no pasaba de ser una vulgar jugarreta cuyo único resultado fue que desde ese día el abad pidió a sus monjes que no olvidaran a Florencio en sus oraciones. Pero fuera de sus muros, las cosas cambiaban. Un grupo de prostitutas en un monasterio podía generar un escándalo de proporciones. En aquella época, tal como ahora, no existía chisme más sabroso que los que involucraban curas y sábanas.

Al día siguiente el abad avisó a sus monjes que, dadas las circunstancias, se mudaban de residencia. Permanecer allí hubiera significado abandonar la iniciativa en manos de sus enemigos, y Benito no estaba dispuesto a ello. Pocas horas más tarde la comitiva salía del monasterio con rumbo al sur. Probablemente ninguno de sus protagonistas era consciente de ello; pero aquella ínfima comunidad estaba plantando la primera semilla del mundo medieval.

Su llegada al nuevo emplazamiento, Montecasino, no fue cómoda ni fácil. En lo alto de la montaña se erguía un antiquísimo templo de Apolo. A su alrededor había un bosque consagrado a antiguas divinidades en el que todavía se ofrecían sacrificios paganos.

Benito, sin embargo, no titubeó al ver el nuevo escenario. Tomó posesión de Montecasino y, con la certeza de tener a Dios y a la historia de su parte, taló el bosque, echó por tierra el altar y destruyó los ídolos paganos. Con igual decisión edificó sobre el lugar dos oratorios para sus monjes y, de allí en adelante, ocupó su existencia en moldear espiritual y moralmente la vida de la comunidad. Comenzaba a surgir la tradición monástica benedictina; la misma que con el paso de los siglos terminaría cubriendo toda Europa.

Los primeros monasterios no fueron más que una sencilla construcción con el piso de piedra y los muros de madera. En torno a un patio interior, donde se encontraba el huerto, la fuente y el jardín, se hallaba el claustro, y a su alrededor, la iglesia, las celdas, y la cocina. En ese escenario se desarrollaba la vida de los monjes.

El documento más transparente del naciente mundo monástico es *La Regla*, redactada por el mismo Benito para ordenar la vida de los monjes. este sencillo conjunto de indicaciones constituye, al mismo tiempo, su mejor reflejo. Como ya afirmaba Gregorio Magno, también benedictino: "Si alguien quiere conocer con más profundidad su vida y sus costumbres, podrá encontrar en la misma enseñanza de

La Regla todas las acciones de su magisterio, porque el Santo Varón en modo alguno pudo enseñar otra cosa que la que él mismo vivió”.

A la cabeza del monasterio se encontraba el abad, que debía enseñar a sus monjes “todo lo bueno y lo santo, más con obras que con palabras”. Sobre él recaía la misión de orientarlos con “rigor de maestro y afecto de padre”. El abad reprendía, exhortaba, amonestaba y, si fuera el caso, castigaba. La comunidad monástica debía obedecer sus indicaciones sin murmuraciones, “como si Dios las mandara”.

La vida del monasterio estaba regulada de acuerdo a una rigurosa disciplina. Los horarios, las oraciones, el tipo y la cantidad del vestuario, las normas que regían los alimentos y la bebida, todo estaba prescrito, sancionado y sometido a un orden. El trabajo, la lectura espiritual, la liturgia, las comidas... Cada ocupación tenía su tiempo y su espacio.

El silencio constituía una de sus facetas más notables. Los monjes vivían más allá de los azares de este mundo; la quietud constituía su ambiente propio. Según Benito, “si a veces se deben omitir hasta conversaciones buenas por amor al silencio, con cuanta mayor razón se deben evitar las palabras malas por la pena del pecado”. Especialmente inconveniente para la seriedad monástica eran las diversiones frívolas.

Entre las virtudes características de los monjes se encontraba la pobreza, por la que “nada se tiene en propiedad, y todo es común a todos”; y la humildad, en relación a la cual Benito mandaba que los monjes la demostraran aun en su propio cuerpo. “En el huerto, en el camino, en el campo o en cualquier otro lugar (...) mantengan siempre la cabeza inclinada y la mirada en tierra”.

La caridad fraterna constituía un rasgo esencial del monasterio; Benito indicaba que todos los hermanos debían obedecerse unos a otros, respetarse y tolerarse, como

corresponde entre hijos de una misma familia. Todos ellos eran dignos de consideración, especialmente los ancianos y los enfermos.

De acuerdo al lema que regía la orden, *Ora et labora*, el trabajo manual y la oración constituían las dos principales ocupaciones del monje. en relación a los trabajos del espíritu, la vida monástica era áspera y exigente. “siguiendo un criterio razonable”, según Benito, los monjes se levantaban poco después de medianoche. la regla indicaba con toda exactitud cómo realizar los oficios, es decir, los salmos, versos, antífonas, responsorios, lecturas y cantos que debían rezarse. En total los monjes dedicaban alrededor de tres horas diarias al oficio divino y cuatro a la lectura espiritual.

el trabajo manual, al cual consagraban unas siete horas del día, tenía entre los monjes especial dignidad. todos ellos debían cumplir funciones productivas para el monasterio y ganarse el pan con el sudor de la frente. Por principio, cada uno aprendía un oficio: hortelano, herrero, cocinero, sastre, lavandero, bibliotecario... el monje debía pasar el día afanado en sus trabajos, porque “la ociosidad es enemiga del alma”.

Eran precisamente estas labores las que permitían al monasterio autoabastecerse. Benito no admitía la mendicidad; consideraba que la vida religiosa debía tener la pobreza digna que proveía el trabajo. Más aún. Cuando las circunstancias lo permitieran, la comunidad podía vender fuera del monasterio sus productos. ¡Pero, baratos! No fuera que por esta vía penetrara en ellos el demonio de la avaricia.

* * *

Desde su monasterio de montecasino, Benito creó un sistema de vida para los monjes del mundo occidental y, a la vez, confirió una primera estructura al naciente mundo

del medioevo en que le tocó vivir. Con el tiempo, el monacato constituiría el fundamento cristiano que terminaría reemplazando al antiguo orden imperial romano. Bien puede afirmarse que el mundo medieval nació en montecasino.

La primera expansión de la regla benedictina más allá de las fronteras de Italia fue hacia Inglaterra, de manos del monje Agustín de Canterbury, cincuenta años después de la muerte de san Benito. Un siglo y medio más tarde, san Bonifacio fundó monasterios benedictinos por toda Germania. Durante el siglo IX, otro Benito, esta vez de Aniano, promovió la implantación de la regla en todo el imperio carolingio.

Desde ese momento la conquista de Europa por parte de san Benito pareció un hecho consumado. Muchos monasterios, previamente adscritos a otras reglas, cambiaron de patrono. El mundo monástico puso su espíritu en sus manos, y no por poco tiempo. Muchos siglos más tarde las reformas monásticas más pujantes de Occidente, Cluny y el Císter, todavía ponían al centro de su inspiración el legado de Benito.

Junto con el espíritu, también la cultura encontró su nicho. Cobijadas a la sombra de los monasterios, nacieron las más notables creaciones del medioevo. La religiosa quietud benedictina fecundó el arte, la literatura, la música y la filosofía medieval. todas ellas brotaron en un ambiente monástico y llevaron por siempre ese sello.

Muchos de los hijos de Benito dejaron su nombre escrito en las páginas de la historia, como Agustín de Canterbury, Gregorio Magno, san Bonifacio o Anselmo de Aosta. Otros, la mayoría, abandonaron su vida en el anonimato del monasterio. Con todo, sería muy mezquino pensar que fue sólo un puñado de monjes, segregados del mundo y ajenos a sus vaivenes, los que modelaron su vida de acuerdo a los dictados de Benito. Por el contrario. Las condiciones del Alto Medioevo convirtieron a la orden benedictina en un

elemento esencial de esa época. Durante esos primeros siglos, las convulsiones políticas y sociales no cesaron. Las invasiones trajeron desórdenes, pillajes e incesantes luchas políticas entre jefes bárbaros. La economía se hizo autárquica y el comercio prácticamente desapareció. En ese mundo carente de todo punto de referencia, los monasterios se convirtieron en los centros de autoridad más creíbles de aquel tiempo, irradiando su influencia y configurando un orden nuevo. En torno a ellos la población tendió a reunirse en busca de protección, trabajo e inspiración. innumerables aldeas rurales debieron su origen a comunidades monásticas y muchas ciudades tuvieron su inicio en abadías.

De este modo, los monjes prestaron un servicio inestimable a Occidente. Desde sus monasterios entregaron a los hombres la cuota de seguridad espiritual que les permitió no sólo sobrevivir en tiempos difíciles, sino acometer nuevos desafíos. No en vano fueron ellos quienes desbrozaron las tierras, abandonadas a su suerte después de las invasiones bárbaras: desmalezaron campos, talaron bosques, sanearon pantanos.

Los monjes benedictinos fueron, además, los grandes misioneros de la época y quienes mantuvieron la vitalidad del fermento cristiano a través de los siglos. Sin ellos, la implantación de la fe cristiana en el mundo occidental hubiera resultado una quimera. No es de extrañar, pues, que el mundo medieval haya adquirido su fisonomía y moldeado su mentalidad en torno a la vida espiritual que generaban los monasterios. de hecho, las huellas de tal dependencia resultan obvias.

En el medioevo el tiempo estaba calendarizado de acuerdo a las festividades religiosas; el ciclo de la vida, marcado por la administración de los sacramentos; y el espacio, signado por la presencia de ermitas, monasterios e iglesias. El horizonte de la eternidad inundó la caduca realidad mundana, transformando el sentido de la existencia

y las aspiraciones de los hombres. La vida se convirtió en el escenario de una prueba divina.

La figura de Cristo pasó a presidir el quehacer y las inquietudes de los hombres. La autoridad de la Iglesia se introdujo en la sociedad señalando costumbres, criterios y prácticas. Las líneas entre lo aceptable y lo inaceptable, entre lo bueno y lo malo, entre la verdad y el error, se hicieron evidentes y consensuadas. La piedad despertó espontáneamente y la liturgia se convirtió con naturalidad en refugio y consuelo ante las inseguridades de este mundo. Todo ello constituye razón de sobra para considerar a san Benito, a su regla y a sus monjes, como la clave de bóveda que mantiene unido el majestuoso armazón de la Edad Media.

BOECIO Y CASIODORO

El primer horizonte cultural de la Edad Media

Dos fueron los padres del Medioevo: Benito y Boecio. Al primero la Edad Media debe su natural misticismo, su silencio y su amor por la contemplación; al segundo, su admiración por la Antigüedad, su interés por los libros y su obsesión por el pensamiento. Uno le aportó la fe y la piedad; el otro, la cultura y el ocio fecundo de la filosofía. Ambos construyeron el horizonte sobre el cual se movió la Edad Media a lo largo de los diez siglos que le reservó la historia.

Tal confluencia no fue una casualidad. Tanto Benito como Boecio vivieron en un mismo contexto histórico, aprisionados en los estertores de una época que no acababa de morir, y buscando a tientas otra nueva que no acababa de nacer. Ambos quisieron entregar al mundo fundamentos capaces de sostener el peso de la historia. Y lo lograron. Existen pocos aspectos que condicionen tanto la vida de esa época como la fe religiosa y la cultura intelectual que en ella se produjo. Más aún si ambas supieron hermanarse en una síntesis vigorosa y bien constituida que terminó configurando el núcleo de lo que hoy entendemos por medieval.

Durante todo el siglo V, los territorios del antiguo Imperio Romano de Occidente fueron ocupados por pueblos germánicos. Suevos, vándalos y alanos se establecieron en Hispania, para ser, poco después, expulsados por los visigodos. Anglos, jutos y sajones se asentaron en Britania; los burgundios, en Provenza y los francos, en la Galia. El mosaico que emergió de estos movimientos no fue más que un conjunto heterogéneo de reinos autónomos,